

LEYENDA DE BARRIO

Alberto Tugues

*Alrededores de la casa, mi barrio, vecindades que
contemplo y por donde camino, hace ya tantos años.*

Kavafis, En el mismo lugar

I

Era de noche, hacía bastante frío, y deambulaba solo por aquellas calles estrechas y húmedas del barrio gótico de Barcelona. Salió a una plaza con palmeras vio que no había nadie sentado en los dos bancos de madera y se recostó en uno. Permaneció así unos minutos, imaginando a los niños que jugaban en la plaza, recordando sus propios juegos en otra plaza con palmeras del mismo barrio, la Plaza Real.

De pronto, oyó un leve sonido, como un golpecito debajo del banco. Se agachó para mirar lo que sucedía y descubrió, junto a una de las patas del banco, un pequeño paquete envuelto en papel de periódico y atado con hilo blanco. Tenía unas cuantas manchas que traspasaban el papel, como aceitosas, pero eran de color rojizo. Miró a derecha e izquierda, vio que aún no había nadie alrededor, con una navaja cortó el lazo de hilo y abrió el paquete, procurando no ensuciarse las manos con aquellas manchas aceitosas. Se quedó atónito cuando vio el contenido, con un líquido rojizo derramándose entre las arrugas del papel, impregnándolo. Parecía..., era un corazón. Y aquellas manchas eran de sangre. El contenido del paquete era, pues, un corazón ensangrentado, que había sido envuelto en un paquete y abandonado en plena calle. Tenía un papelito clavado en medio con una horquilla azul del cabello, que decía: "Corazón de niña". A aquellas horas de la noche y con unas cervezas de más, se atrevió a tocarlo. Pasó el dedo índice por encima del corazón, casi acariciándolo, y sintió un escalofrío al sentir la rugosidad de una herida. Pero aquel corazón aún latía. Así pues, aquel sonido leve que había oído antes, era el latido de un corazón. Un corazón abandonado debajo de un banco, al parecer de una niña, según el papelito que llevaba clavado: el corazón abandonado de una niña en plena calle, en una plaza, en la ciudad. Quiso envolverlo enseguida con el mismo papel de periódico, pero ahora el papel estaba más empapado de sangre y se rasgaba por todas partes, el envoltorio se le iba deshaciendo entre las manos. Al final, extrajo varios pañuelos de papel y unos alfileres de corbata que siempre llevaba como amuleto

y, juntando las puntas de los pañuelos por arriba, por abajo y uniéndolas por los lados, hizo otro envoltorio de papel, volviéndolo a atar con el mismo hilo blanco, al que hizo varios nudos, sin lazo. Quería dejarlo otra vez debajo del banco, medio escondido detrás de una de las patas, como lo había encontrado antes. No pudo hacerlo. El latido de aquel corazón y la sangre traspasaban más y más el papel, ahora percibía los latidos entre sus manos. Decidió entonces esconderlo en el bolsillo grande de su abrigo y llevárselo a su casa. Se fue de la plaza, merodeó por las calles del barrio, observando a los transeúntes bajo la luz de las farolas, mientras iba palpando el secreto que ocultaba en el bolsillo, un secreto que aún palpitaba, hasta que por fin llegó a su casa y descansó.

II

Pasaron los días, y no quiso deshacerse del corazón. Lo depositó en una cajita que guardaba desde su infancia, forrada de terciopelo verde por dentro y con seis agujeritos de bordes plateados en la tapa, a modo de respiraderos. Esta cajita se la había regalado una curandera del barrio, una mujer viuda, de intensa vida espiritual, que curaba los celos amorosos de los niños, las dolencias amorosas de los niños. En el interior aterciopelado de la cajita, el corazón continuó latiendo como antes, días, meses, años, latiendo. Pero a medida que pasaba el tiempo los latidos se iban extendiendo hacia afuera, se ramificaban a través de las seis flores que fueron naciendo del mismo corazón encerrado, como si éste se hubiera convertido en un pequeño jardín dentro de la caja. Nadie del vecindario supo nunca de dónde procedían aquellas seis flores, cuyos tallos asomaban frescos por los agujeritos plateados de la caja, cada vez más largos y esbeltos, floreciendo y perfumando toda la casa, la escalera, balcones y ventanas, toda la calle. Él tampoco quiso explicarlo y decía a los vecinos que las flores y los tallos salían tan frescos y exóticos de una planta de interior, una maceta que le había regalado un familiar de América. Así nadie conoció nunca el origen de aquellas flores, de aquella fragancia que se hizo famosa y perfumó a todos los vecinos del barrio.

Fue así, pues, bajo el banco de madera de una plaza del barrio gótico (tan parecida a la Plaza Real de su infancia), como empezó esta leyenda amorosa entre un transeúnte solitario, noctámbulo, y un pobre corazón abandonado, ensangrentado. El corazón de una niña que algún desconocido le había arrancado, envolviéndolo luego en un papel de periódico y con una nota de tan sólo tres palabras prendida en el paquete: "Corazón de niña". Fue así como empezó la famosa historia del corazón de las seis flores.